



Jeromin

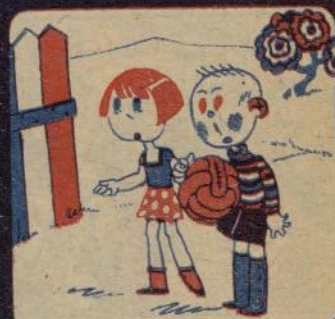
• 10 • céntimos

MADRID

NUM. 45



CHARLOT HABÍA DESCUBIERTO EL SITIO DONDE PASAR TODOS LOS DÍAS UN RATITO DE JUERGA. ERA UN LUGAR, DONDE DOS HERMANITOS ORGANIZABAN SU PARTIDO DIARIO DE FÚTBOL, JUNTO AL HOTEL EN QUE VIVÍAN. **CHARLOT** SE SITUABA EN SU «LOCALIDAD», Y, A CADA PORRAZO QUE SE DABAN LOS CHIQUILLOS, SOLTABA UNA RUIDOSA CARCAJADA. A LOS FUTUROS CAMPEONES LES MOLESTABA EL IMPERTINENTE E INCORRECTO ESPECTADOR, E IDEARON JUGARLE UNA TRASTADA.



PUESTOS DE ACUERDO, SE ACERCARON A **CHARLOT** Y LE DIJERON: —SI LE GUSTA EL FÚTBOL, QUEDA INVITADO A JUGAR MAÑANA CON NOSOTROS. **CHARLOT**, ENCANTADO, ACEPTÓ LA INVITACIÓN. LOS CHIQUILLOS, CUANDO SE ACERCABA LA HORA DE LA CITA, PUSIERON AL FIERO PERRO, GUARDIAN DE LA CASA, DETRÁS DE LA VALLA DEL JARDÍN, JUNTO A UNA PUERTA DE TRAMPA, Y CON UNA CUERDA, ATADA A LA TRAMPA Y AL BALÓN, PREPARARON LA SORPRESA AL INVITADO. ¡AHORA SÍ QUE IBAN ELLOS A REIRSE!



LLEGÓ **CHARLOT** Y LE DIJERON LOS NIÑOS: —AHÍ TIENE EL BALÓN VAMOS QUÉ TAL HACÉ LA SALIDA. **CHARLOT**, TRATÓ DE COGER EL BALÓN, Y COMO ESTABA ATADO A LA CUERDA DE LA TRAMPA, ESTA SE LEVANTÓ, Y EL FURIOSO PERRO DE PRESA SALIÓ DE SU ENCIERRO, LANZÁNDOSE A **CHARLOT** QUE SALIÓ CORRIENDO DESPAVORIDO, DESAPARECIENDO POR EL HORIZONTE, MIENTRAS LOS TRAVIEZOS CHIQUILLOS CELEBRABAN EL PERCANCE CON GRITOS Y RISAS.



QUE SERÁ
EL RESBALÓN
LO SABREIS SI
COMPRÁIS LA
PRÓXIMA
SEMANA
Jeromin

FIN



Grandeza de alma



Cuando los dos hermanos, Paco y Gregorio, se convencieron de que su madre, su adorada viejecita, se moría, y que se moría por falta de recursos, un desconsuelo inmenso, una amargura infinita, se apoderó de ellos.

Desde que su padre, honrado marino, muriera hacía dos años, ellos habían cuidado con toda ternura de su madre enferma. Y ahora llevaban ya dos meses sin encontrar trabajo. ¡Estaban tan malos los tiempos! Sobraban brazos, y cuando algún jornal se ofrecía, no eran ellos los preferidos, pues los patronos querían para las rudas faenas de la pesca hombres fuertes y no niños de doce y catorce años, que eran los que contaban Paco y Gregorio.

El médico, al marchar aquella mañana,

había dejado un pape'ito. ¡Otra receta! Gregorio había ido a la botica y el farmacéutico se la devolvió diciéndole: ¡Perdona, hijo, pero ya es mucho lo que me debéis y no puedo darte esta medicina! ¡Lo siento, pero todos tenemos que vivir.

Y ahora, ¿dónde volver los ojos? ¿Qué hacer? Tremendas interrogaciones que los infelices hermanos eran impotentes para resolver. Todo lo habían malvendido, sólo les quedaba «La Flecha», una barca vieja y rota que nadie quería, pues estaba inservible.

—¡Yo voy a ver a D. Juan de Alcolea! —dijo Paco, que era el mayor—, le suplicaré, me pondré de rodillas. ¡Lo que sea! Y abriendo la puerta de la barraca, se dirigió hacia un señor elegantemente vesti-

do, que seguido de un niño y un criado se dirigía hacia la playa. Era D. Juan de Alcolea, hombre rico y poderoso, pero despota y cruel, por lo que contaba con pocos amigos en el pueblo.

—¡Don Juan!—exclamó Paco respetuosamente, con la gorilla en la mano—, ¡don Juan! La madre se nos muere por falta de recursos. ¿No podría usted prestarnos unas pesetas? Nosotros se las devolveremos.

Don Juan, alto, seco, con su voz ruda y autoritaria de siempre, contestó: ¿Y para eso me detienes? ¿Crees tú que tengo yo mi dinero para tirarlo?

—¡Don Juan!—exclamó Paco con lágrimas en los ojos—, queremos que nos lo preste, no que nos lo regale. ¡Le daremos



en cambio, «La Flecha», si usted quiere!

—¡Quita, quita, granuja!—exclamó el señor de Alcolea—. ¿Para qué quiero yo ese trasto? Trabajad, gandules, trabajad—. Y apartando al muchacho con su bastón, siguió su paseo seguido del criado.

Con el corazón oprimido, Paco entró en la barraca, y arrodillándose en un rincón para que la pobre enferma no les oyera, los dos hermanos juntaron sus lágrimas y sus ruegos.

—¡Señor, Señor Dios! ¡Ayudadnos! ¡Ya sabes que nosotros no tenemos la culpa!

Eran las cuatro de la tarde de aquel mismo día y todo el pueblo se había congregado en la playa, pues el cielo nublado, y de color gris, presagiaba una horrosa tormenta. Esperaban a las barcas que habían de volver de la pesca y en todos

los rostros se leía una terrible ansiedad.

De pronto retumbó el trueno con violencia, y gruesas olas barrieron la playa haciéndoles retroceder. ¡Jesús!—exclamaron algunos—. A lo lejos empezaron a verse los puntos negros de las barcas, que, a fuerza de remos, buscaban la playa salvadora.

La tormenta estallaba con furia salvaje, cuando las últimas barcas trasponían la barra del puerto. ¡Estaban salvados! Todas volvían, todas.

Los padres, los hermanos, los hijos, se abrazaban jubilosos. ¡De buena se habían librado! Y de pronto, en la misma boca del puerto, apareció una embarcación de corte ligero y elegante. Se la veía perfectamente con sus velas desgarradas, se la adivinaba con el timón roto, y un grito de

angustia se escapó de todos los labios.

—¡Es el yacht del señor Alcolea, que va con su hijo—exclamó uno.

Claramente se adivinaba que la barca, sin dirección, iba a ser despedazada por la furia incontrastable de la tempestad.

—¡Jesús, Jesús! ¡Pobrecillos!—c'amaban las mujeres—. Y de pronto un clamor unánime se alza, dominando los rugidos de la tormenta: —¡Virgen de! Mar! ¿Dónde van? ¡Desgraciados! ¡Detenedes!—Y todos se dirigían a dos niños que, montados en una vieja lancha, «La Flecha», acababan de lanzarse al mar enfurecido. Son Paco y Gregorio, que, olvidando la ofensa recibida, por impulso de sus almas nobles y generosas, exponen sus vidas para pretender salvar al que les despreciara.

Olas enormes, terribles, levantan a «La



Flecha», pero los dos hermanos, sin arredrarse, empapados de agua, entre las impotentes descargas del oleaje, desafiando la arrolladora fuerza de la tempestad, reman con furia. Unos metros les separan del yacht, ya oyen las voces de socorro del señor Alcolea, están a punto de lograr su objetivo, cuando una ola monstruosa avanza. ¡Animo, ánimo! ¡Valor!—grita Paco—. Pero la ola gigantesca coge de plano a «La Flecha» y la zarandea, la sacude como a una hoja.

—¡Hermano, hermano!—grita Gregorio. Pero como si con aquel esfuerzo la tempestad hubiera agotado sus fuerzas, va amainando el temporal. «La Flecha» ha resistido el espantoso choque, y desde la pla-

ya, tirando de una cuerda que su tripulantes dejaron colgando, la remolcan, después de haber trasbordado a los pasajeros del yacht.

Paco y Gregorio se han desvanecido. Brota la sangre de sus manos y de sus rostros magullados, y cuidadosamente son transportados en brazos de los pescadores hasta su barraca.

El señor de Alcolea sintió todo el remordimiento que su orgullo y despotismo merecía, y tocado en el corazón, supo corresponder con sus salvadores.

Cuando Paco y Gregorio, pasados unos días, pudieron levantarse, vieron a su madre cuidadosamente atendida, con la barra-

ca limpia y amuebiada, y a la puerta una barca nueva, limpia y reluciente, en cuyo costado se leía «La Flecha».

Y su querida madre, abrazándolo, exclamó: —Es el premio que Dios otorga a los buenos hijos y a las almas valientes y generosas.

¡Qué grandeza de alma la de Paco y Gregorio! ¿Verdad, lectoritos amados? Pensad vosotros que olvidar las injurias, perdonar las ofensas y socorrer a nuestros semejantes, son actos que merecen la aprobación y el aplauso de todos. Y cuando alguno os ofenda, perdonadle, que en ello encontraréis el íntimo placer que, al hacerlo, hallan siempre los que demuestran tener un alma generosa. JULMAN



LA MEJOR ENTRE LAS ORACIONES ES LA DEL PADRENUESTRO

La oración, para que resulte agradable y provechosa, hay que hacerla atentamente y meditando lo que se dice; cuando no se hace así, llega a ser rutinaria, sin sentido, y causa fastidio. Por esto hay muchos que no sienten gusto en la oración: porque la hacen mal, sin fijarse en el sentido de las palabras. Voy a referiros un ejemplo de buena oración. Un pastorcillo había contraído el hábito de orar mientras apacentaba el ganado. Sin duda tenía una madre, buena cristiana, que le había inculcado tan buena costumbre. Cierta día le preguntaron si no se aburría pasando en el campo tanto tiempo solo. —Nada de eso, contestó. Para estar entretenido me basta el padrenuestro. Con él paso los días muy agradablemente y se me hacen cortos. —¿Pues cómo? —Rezándole muy despacio y meditando bien cada una de sus palabras, que son para mí fuente inagotable de pensamientos consoladores y buenos sentimientos. Algunas veces necesito una semana para decirle todo.

¡Oh, si todos oraran como el pastorcillo!



JUEGOS DE NIÑOS

MANOS CALIENTES

Este juego se realiza del modo siguiente: se elige, por suerte, entre los jugadores, que deben ser varios, ocho o diez, el que ha de hacer de director y el que ha de hacer de «paciente». El director se sienta, y el paciente, con las manos puestas sobre los riñones, pone la cabeza sobre las rodillas del director; los demás jugadores se ponen detrás del paciente, en fila, y con los brazos cruzados. A una señal del director, uno de los jugadores se adelanta y da un golpe en las manos del paciente, volviendo rápidamente a su puesto; el paciente, al sentir el golpe, debe levantar en seguida la cabeza, y si sorprende al que le dio el golpe, éste pasa a ser paciente. Si no le sorprende, debe el paciente examinar bien a los jugadores para ver si descubre algún signo que le dé a conocer al que le atacó; si acierta con el que le dio el golpe, éste pasa a ser paciente; si no acierta, sigue de paciente hasta que acierte. El director tiene derecho a golpear también. Está permitido simular movimientos con el fin de engañar al paciente, esto es, para que confunda a otro de los jugadores con el que le dio el golpe. Si se comprueba que el paciente tiene los ojos abiertos mientras se halla apoyado en las rodillas del director, con el fin de ver quién le golpea, será expulsado del juego.



RECREOS CIENTÍFICOS

LO QUE SABE JEROMIN

UNA SIERRA DE PAPEL

Esto sí que es admirable. ¡Una sierra de papel! Si cualquiera de vosotros decís en una reunión que sois capaces de serrar con un papel un lápiz, el mango de una pluma (de madera se entiende), nadie os creará y no dudarán en apostar los caramelos.

Qué, ¿no lo creéis tampoco vosotros? Pues, sí; puede lograrse el serrar la madera, y aun cosa más dura, con una hoja de papel. Voy a explicar cómo puede conseguirse tal maravilla. Cogéis una cartulina o papel algo resistente y lo cortáis en forma de disco (un redondel). ¿Está ya? Pues ahora sólo se precisa que podáis impulsar a ese disco de papel un movimiento rapidísimo de rotación, para lo que se le sujeta en un eje que dé muchas vueltas o revoluciones; mientras más de prisa, mejor. Esto se logra fácilmente, sujetando el disco de papel en el eje de un ventilador eléctrico o, a falta de éste, en el de la ruda de una máquina de coser. Puesto en movimiento el disco de papel, si acercáis con cuidado a su borde un trozo de madera, veréis cómo es serrada. Si hacéis la prueba, tened cuidado con los dedos, pues fácilmente podéis cortaros.

ESPAÑA MONUMENTAL



Monasterio de Guadalupe.

Hoy damos tres fotografías de Guadalupe; la primera es una vista general del pueblo; el Monasterio ocupa el centro, y su aspecto, el del Monasterio, es el de una fortaleza medieval, con poderosas torres almenadas; aquí y allí surgen chapiteles policromados de muy bella traza y visualidad; en los altos y recios muros, los góticos ventanales se encuadran entre filigranas de interesantísimo y local estilo mudéjar.

El pueblo que rodea al célebre Santuario está asentado sobre frondosos huertos y conserva en sus calles y fachadas de las casas la traza del siglo XIV, en que nació. Para los artistas y arqueólogos, el pueblo tiene casi tanto interés como el Monasterio. La segunda fotografía reproduce una de las galerías del celeberrimo, y único en el mundo, claustro mudéjar, de un ambiente saturado de encantos; ya daremos otro día otros detalles de este patio o claustro interesantísimo; la tercera fotografía está tomada en el patio gótico, obra de Juan Guas, el autor de San Juan de los Reyes, de Toledo. Este claustro, muy mal tratado por la desamortización que le enajenó, está restaurándose hoy y habilitándose para hospedería de peregrinos y turistas, hospedería que será, sin duda, una vez terminada, una de las mejores de España. En el ángulo del claustro se ve en la fotografía sobresalir una chimenea, que es una joya, única en su género, del arte mudéjar guadalupense.

Continuaremos con Guadalupe.



Cascarilla



Maravillosa Historia de Jeromin



Repollo





(Continuación.)

Y diciendo esto, puso las espuelas a Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, bajó de la costezuela como un rayo.

Dióle voces Sancho, diciéndole: «Vuélvase vuestra merced, señor Don Quijote; que ¡voto a Dios, que son carneros y ovejas las que va a embestir! Vuélvase ¡desdichado del padre que me engendró! ¿Qué locura es esta? Mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni armas, ni escudos partidos ni enteros. ¿Qué es lo que hace? ¡Pecador soy yo a Dios!»

Ni por esas volvió Don Quijote; antes en altas voces iba diciendo: «Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolín del arremangado brazo, seguidme todos; veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana».

Esto diciendo, se entró por medio del escuadrón de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo, como si de veras alanceara a sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos, que con la manada venían, dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas y comenzaron a saludarle los oídos con piedras como el puño.

Don Quijote no se curaba de las piedras; antes, discurriendo a todas partes, decía: «¿Adónde estás, soberbio Alifanfaron? Vente a mí; que un caballero solo soy, que desea de solo a solo probar tus fuerzas y quitarte la vida, en pena de la que das al valeroso Pentapolín Garamanta».

Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan mal trecho, creyó sin duda que estaba muerto o mal herido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsosela a la boca, y comenzó a echar licor en el estómago; mas antes que acabase de envasar lo que a él le parecía que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres o cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse a él los pastores, y creyeron que le habían muerto; y así, con mucha prisa recogieron su ganado, y cargaron con las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa, se fueron.

Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le había dado a conocer. Viéndole, pues, caído en el suelo, y que ya los pastores se habían ido, bajó de la cuesta y llegóse a él, y hallóle de muy mal arte, aunque no había perdido el sentido, y díjole: «¿No le decía yo, señor Don Quijote, que se volviese; que los que iba a acometer no era ejércitos, sino manadas de carneros?»

(Continuará.)

ROMPECABEZAS



1.º A esa borriquilla la andan buscando sus amos y un hijo de éstos. ¿Dónde están?

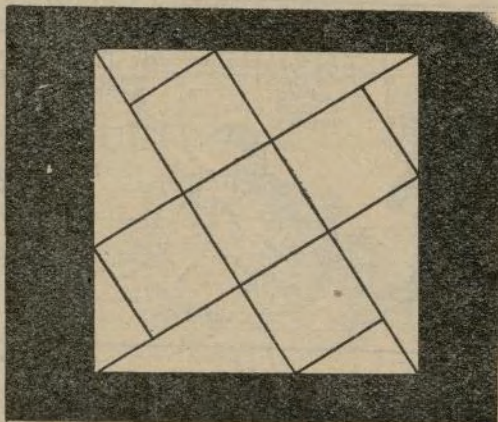


2.º Unid con una línea los puntos, desde el 1 al 44 y veréis lo que miran esos niños.



Esos dos chicos quieren pasar el arroyo haciendo un puente con las dos tablas; pero son cortas. Mas como tienen ingenio, logran hacer el puente con ellas. ¿Cómo se las arreglarán?

(La solución en el número próximo.)



SOLUCIÓN DEL ANTERIOR

Ayuntamiento de Madrid

La España Gloriosa



(Continuación.)

etcétera, sino que valerosamente hacían saldas y acometían cuerpo a cuerpo a los cartagineses, causándoles cuantiosas bajas. Un día, Aníbal creyó que un ángulo de la muralla que avanzaba hacia el campo era fácil de ser batido, y mandó colocar a su vera los manteletes (especie de techo portátil) y a su abrigo colocaron los arietes, que eran a manera de mazos poderosos, con los que, golpeando en las murallas, abrían en ellas brechas; pero Aníbal se equivocó, porque en aquel ángulo tenían los saguntinos una fuerte torre en la que habían colocado sus mejores soldados y mayores medios de defensa. Así que, apenas se acercaron los cartagineses, cayó sobre ellos una lluvia de dardos y flechas que los obligó a retroceder desordenadamente, acosados por los saguntinos, que hicieron una salida, causando bajas numerosísimas a los sitiadores.

Los soldados cartagineses, ante la heroica resistencia de los saguntinos, se desalentaban y querían levantar el cerco. Irritado Aníbal, para dar aliento y pruebas de valor a sus soldados, tuvo la audacia temeraria de acercarse solo a las murallas, siendo herido en un muslo por un dardo. Al verle caer sus soldados, fué tal la confusión, que estuvieron a punto de huir de aquella ciudad que tanta sangre les estaba costando.

Mientras curó Aníbal de su herida, se suspendieron los ataques, pero no los preparativos de las obras para realizarlos con mayor éxito. Roma seguía deliberando, sin mandar los socorros a que estaba obligada.

Restablecido de su herida el general cartaginés, ordenó el ataque con nuevos bríos, jurando no descansar hasta verse dueño de la ciudad. El ataque se inició por diversos puntos, y los saguntinos se veían impotentes para acudir a la defensa de todos ellos. Los arietes y catapultas, con sus terribles golpes, derruían tierras y muros, abriendo tremendas brechas, por las que los cartagineses pretendían entrar en la ciudad; pero se contraban con los heroicos saguntinos, que, parapetados entre los escombros de las derruidas murallas, los obligaban a retroceder con grandes pérdidas.

En repetidas ocasiones se creyeron los cartagineses dueños de la ciudad; mas los saguntinos, con esfuerzos desesperados, los rechazaban una y otra vez, obligándoles a refugiarse detrás de los fosos y muros del campamento.

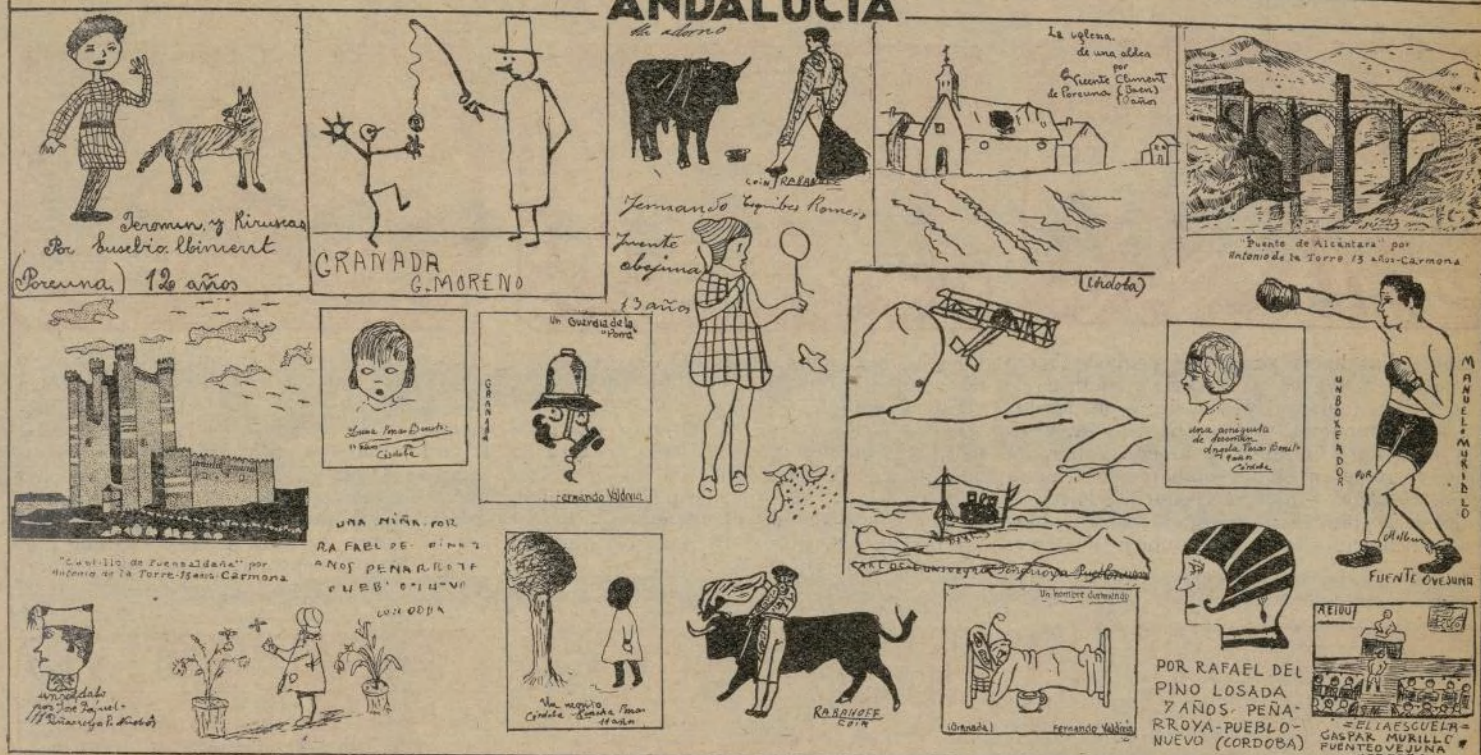
De vez en vez, Aníbal se veía obligado a dar un descanso a sus tropas, treguas que los saguntinos aprovechaban para reparar las brechas abiertas en las murallas por las máquinas de guerra. ¡Para ellos no había descanso! ¡Y Roma sin acudir en su socorro!

Pasado el descanso, Aníbal arengaba a sus soldados, les enardecía con las promesas del botín, y vuelta a los ataques a la ciudad heroica. Y así, uno y otro día, sin que los centenares de miles de cartagineses pudiesen rendir a un puñado de saguntinos.

(Continuará.)

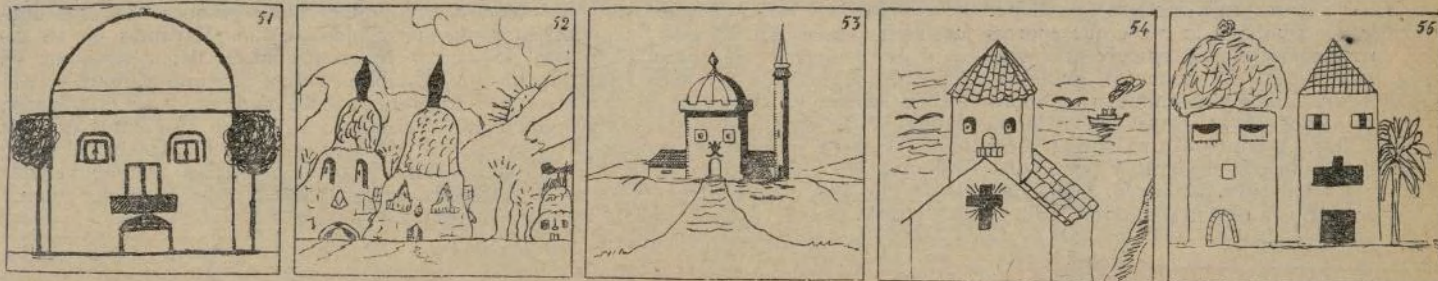


ANDALUCÍA



Nota.—El primero de Andalucía, salió, por equivocación, la última semana de enero. Los dos próximos números estarán dedicados, como ya se indicó, a Aragón, y los dos siguientes a Asturias y Navarra, de los que, por cierto, hemos recibido hasta la fecha pocos trabajos; no se descuiden en mandar, si desean hacer buen papel en este concurso. Después irán Baleares y Canarias, que deben mandar también en seguida.

DEL CONCURSO DE CASAS ANIMADAS DE «JEROMIN»



El número 51 representa a Charlot, por «Trampita», Madrid; el 52, una familia atacada por unos bandidos (¿dónde están los bandidos?), por Carlos Ramos, de Madrid; el 53, un guerrero visigodo, por Rafael Pedraza, de Aracena (Huelva); el 54, un guerrero cristiano, por Manuel Oliver, de Burriana (Castellón); el 55, un matrimonio, por Genita Rodero, de Salamanca.

FALLO DEL CONCURSO DE DIBUJOS A BASE DE QUINCE LINEAS Y UN PUNTO

El jurado calificador de este concurso ha designado, como merecedor del premio, el publicado con el número 126, de Pedro Fornés, residente en Múnera (Albacete). Creemos acertado el fallo, pues, entre los notabilísimos dibujos recibidos, sobresale el premiado por la amplitud de su compo-

sición. Difícilmente puede sacarse más partido de tan escasos elementos. Con las 15 líneas rectas y el punto, se ha dibujado una barquilla de vela, el mar, la costa y un faro; todo ello perfectamente acusado.

Un día de estos recibirá el señor Fornés, a quien felicitamos, el premio ofrecido.

NOTA IMPORTANTE

Por equivocación de ajuste de planas, resultaron trocados varios originales y gran parte de ejemplares de los números 43 y 44, cosa que habrán notado los lectores. El defecto pueden corregirlo fácilmente de la siguiente manera: Cogen los dos números indicados, y el

que en la portada figura como el 43, corrigen poniendo 44 y en el 44 poniendo 43; hecho esto, cambian las planas centrales, poniendo la del 43 en el 44, y la del 44 en el 43. De esta forma, los números quedan, salvo los originales de la página sexta, tal como deberían estar.

Los que deseen adquirir la colección completa de **Jeromin**, pueden pedirla a esta Administración y se les mandará a vuelta de correo, a razón de 10 céntimos ejemplar. Pago, al hacer el pedido.



Advertencias a los colaboradores de JEROMIN

Los dibujos que no vengan hechos en papel blanco y con tinta negra, serán desechados. Los dibujos no deben exceder de 10 centímetros, ni ser menores de cinco.

Jeromin
REVISTA ILUSTRADA PARA NIÑOS
SEMANAL CON CENSURA ECLESIASTICA
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALDERÓN DE LA BARCA, 4 MADRID
PRECIOS DE SUSCRIPCIONES, UN EJEMPLAR AÑO 5,20; POR PAQUETES A RAZÓN DE 8 CÉNTIMOS EJEMPLAR A LOS CORRESPONSALES LO ACOSTUMBRADO. LOS PAGOS ADELANTADOS

NINOS HEROICOS

La señal de auxilio (de Puck)



Dos días hacía ya que el pequeño barco pesquero navegaba a la deriva, víctima de un furioso temporal y en peligro de hundirse de un momento a otro. El capitán, viendo el peligro inminente, mandó echar un bote al mar, en el que embarcó la tripulación. —Padre—dijo el pequeño Ricardo, hijo del capitán—: ya están todos embarcados; bajemos al bote también nosotros.



—No, hijo mío; mi obligación es permanecer en el barco hasta el último momento; ve tú y embarcate en el bote. —¡Oh, no—exclamó Ricardo—, yo no me separo de usted; permaneceré a su lado, ocurra lo que ocurra! Y dirigiéndose a los que estaban en el bote, les dijo que podían alejarse, pues él y su padre no abandonaban el barco. La tripulación, que conocía la rectitud del capitán, no insistió y se alejó.



La noche se vino encima; Ricardo y su padre, rodeados de tinieblas, permanecían sobre cubierta esperando verse, de un momento a otro, tragados por las furiosas olas. Ricardo, que era muy animoso, dijo a su padre: —Voy a subir a lo alto del palo mayor para hacer señales con la linterna. —Hijo mío, con el viento que hace y vaivenes del barco, es muy peligroso lo que pretendes. Seguramente serías lanzado al mar.



—No tema, padre; procuraré sujetarme bien. Y sin reparar en el peligro, sin temor al furioso vendaval y a la nieve que comenzó a caer copiosamente, empezó a trepar con gran agilidad. Las cuerdas, mojadas, estaban resbaladizas y lastimaban a Ricardo en los dedos al sujetarse con toda su fuerza a ellas. A punto estuvo varias veces de ser arrastrado por el viento y por la violencia de los vaivenes del barco. ¡Qué momentos de angustia estaba pasando el padre!



Por él precisamente sacaba valor Ricardo de sus pocos años. ¡Qué no sería él capaz de hacer por su padre! Por fin pudo llegar a lo alto del palo; se sujetó bien, sacó la linterna, la encendió y estuvo gran rato haciendo señales en demanda de auxilio, confiando en la divina Providencia, que algún barco le viera y acudiese a socorrerles. Así ocurrió: las señales fueron vistas por un barco que había escapado del temporal sin grave daño.



El capitán de ese barco dijo a su tripulación: —Un barco pesquero se está hundiendo y pide auxilio. Vayamos en su socorro. No tardaron en llegar al lugar en que estaba el barco, próximo a hundirse ya; lanzaron un bote al agua, y en él salvaron a Ricardo y a su padre. Momentos después el barco se iba a pique. El capitán del barco salvador dijo, al recibirlos: —Bien venidos seáis, amigos míos, y desde este momento sois mis huéspedes.



A la mañana siguiente el temporal había cesado y brillaba el sol. Ricardo, muy temprano, subió a cubierta y comenzó a mirar con gran atención en todas las direcciones del horizonte. De pronto lanzó un grito: —Allá—dijo a los marineros—se ve un bote; sin duda es el que embarcó la tripulación del barco de mi padre. Y, sin perder tiempo, corrió a dar aviso al capitán para que fuese a recogerlos.



El capitán accedió a los ruegos de Ricardo y mandó poner proa en dirección al bote visto por Ricardo. Efectivamente, estaba ocupado por la tripulación del barco pesquero. Fueros recogidos y, por disposición del capitán, se les dió de comer y ropa, pues la que tenían puesta estaba empapada de agua. Los pobres marineros estaban extenuados, y seguramente hubiesen perecido si Ricardo no los descubrió.



Aquella noche, el capitán los reunió a todos en agradable tertulia, obsequiándolos con una suculenta cena. No hay para qué decir que fué muy alabada la conducta del intrépido Ricardo, por el amor que demostró tener a su padre y por la valentía con que arrostró los peligros de encaramarse de noche y con recio temporal a lo alto del palo, para hacer las señales que fueron la salvación de todos.



VÍCTIMAS DE LA RISIÓN POR UNA EQUIVOCACIÓN

